

¿Cómo abordamos la próxima ola deliberativa?

Tras meses de foros y asambleas iniciadas con la “Revolución de las cacerolas”, en octubre de 2012 se llevó a referéndum un nuevo texto constitucional en Islandia, la primera carta magna colaborativa. El 15 de enero de 2019, como respuesta a las protestas del Movimiento de los chalecos amarillos, el presidente francés Emmanuel Macron lanzaba el [Gran Debate Nacional](#), un proceso de diálogo abierto entre ciudadanía e instituciones destinado a conocer las demandas de la población en materias clave. Sólo son dos ejemplos de lo que [la OCDE denomina “ola deliberativa”](#), es decir, **la proliferación de experimentos deliberativos tras la quiebra financiera global de 2008 y el consiguiente déficit de legitimidad de las democracias representativas**. Aunque, tal y como muestran estos casos, el incremento de las experiencias deliberativas se haya observado incluso en los más altos niveles de gobierno, es necesario recordar que más de la mitad de los procesos de este tipo se han producido a nivel local. La tendencia parece confirmar que las teorías deliberativas desarrolladas hace casi cuarenta años por Jürgen Habermas o Jane Mansbridge, entre otros, se han abierto paso definitivamente en la elaboración de políticas públicas.

Muchas de estas experiencias, no obstante, nacen obsoletas. El diseño de estos foros se ha centrado en las dinámicas internas de la deliberación (cuántas personas participan, en qué fases, bajo qué criterios, etcétera). Sin embargo, se ha descuidado la relación de estas iniciativas puntuales con el resto de instituciones. **Esta forma de deliberación puede ser representada como un mero remiendo de los sistemas representativos, un añadido que no está integrado en el funcionamiento de nuestras administraciones**. La ciencia política especializada, tras asistir a las experiencias fallidas de este enfoque, ha identificado las tres razones principales por las que deberíamos desecharlo. La primera es el poder de quien

Deberíamos avanzar en la integración de esos procesos colaborativos en el funcionamiento normal de los poderes públicos

organiza el proceso deliberativo y, en consecuencia, condiciona su resultado. Un órgano político se encarga de definir los criterios por los que se rige el proceso y, lo que es más importante, establece los objetivos que se persiguen con él. Un segundo factor que lastra estas experiencias es la desconexión entre los procesos deliberativos, excepcionales, y la política del día a día. Por último, el tercer obstáculo a salvar es la falta de legitimidad de algunos de estos procesos, caracterizados por su hermetismo y distancia con el conjunto de la ciudadanía.

¿Qué plantea la academia para paliar estos problemas? Una prometedora y reciente alternativa es el enfoque sistémico de la democracia deliberativa, una reformulación teórica que permite vislumbrar una nueva ola deliberativa. **Si en los ochenta el reto era pensar en los elementos que debía tener un foro deliberativo, en la actualidad deberíamos avanzar en la integración de esos procesos colaborativos en el funcionamiento normal de los poderes públicos.** Para ello, quienes defienden esta perspectiva han hecho hincapié en tres características necesarias de todo sistema: la división del conjunto en partes con funciones claras, la conexión o transmisión de información entre estas partes y la sostenibilidad del propio sistema. Para comprender el salto cualitativo que implica el enfoque sistémico podemos recurrir a un [caso estudiado por Rikki Dean, John Boswell y Graham Smith](#) en el que la práctica deliberativa se acerca a lo que están proponiendo las nuevas teorías.

El servicio nacional de salud británico o NHS (*National Health Service*) fue objeto de varias reformas a comienzos de la década pasada. Una de ellas incluye la creación de NHS Citizen en 2012, un órgano deliberativo que tiene por objeto poner la voz de los pacientes en el centro de las decisiones. A tal efecto, NHS Citizen se concibe en tres fases (*discover*, *gather* y *assembly*) orientadas a que la ciudadanía ofrezca elementos de juicio para la toma de decisiones conjunta y, por otro lado, vele por la rendición de cuentas del NHS. La primera fase (*discover*) consiste en la formulación de propuestas por parte de actores públicos y privados relevantes en foros locales, así como a través de una plataforma online. La segunda (*gather*), consiste en un proceso abierto a la ciudadanía para formular demandas concretas y preguntas que deberán discutirse en la tercera fase: la asamblea. La última fase (*assembly*) consiste en una asamblea de dos días, compuesta por participantes elegidos aleatoriamente, en la que se conforma la agenda que la junta del NHS deberá tener en cuenta. Para garantizar el funcionamiento de NHS Citizen y su sostenibilidad a largo plazo, el diseño de este modelo se asienta en el fomento del compromiso local y la cultura política democrática.

La evidencia empírica nos ayuda mostrándonos que sin una cultura política colaborativa los diseños sofisticados no funcionan

A pesar de lo prometedor de la iniciativa, tensiones como la elección aleatoria de los miembros de la asamblea —vista con malos ojos por varios de los agentes participantes en las fases anteriores— dificultaron el desarrollo de NHS Citizen en la práctica. Los cambios inesperados en el proceso, la falta de una distribución clara de las tareas (la organización accedió a incluir a agentes de las primeras fases en la asamblea) y los problemas de financiación provocaron que el experimento basado en la deliberación tan sólo durase tres años. Tal y como recuerda [el caso de NHS Citizen](#), estos problemas evidencian la necesidad de una cultura política colaborativa que permita a los y las participantes tener una comprensión de conjunto de las instituciones en las que deliberan. Aun así, tanto el diseño

integral como las razones detrás de la brevedad del proyecto dan motivos para ser optimistas.

Se aproxima una nueva ola deliberativa que, de contar con los recursos necesarios, debería superar las limitaciones de la anterior. Gestionar con éxito la democracia deliberativa que viene pasa por hacer del espacio público un espacio empoderado, más igualitario y preparado ante los retos del futuro. **La evidencia empírica nos ayuda mostrándonos que sin una cultura política colaborativa los diseños sofisticados no funcionan.** Etorkizuna Eraikiz parece haber llegado a la misma conclusión que las nuevas perspectivas en la teoría de la deliberación aplicando una lógica de construcción de comunidad. Hemos concluido que en la conformación de una gobernanza colaborativa sólida no hay atajos y que el objetivo de la Diputación de Gipuzkoa por capacitar a los agentes implicados mediante proyectos como las convocatorias GipuzkoaLab, la formación a ayuntamientos en materia de gobernanza colaborativa o el enfoque participativo transversal a los centros de referencia de Etorkizuna Eraikiz apunta en esa dirección. Con todo, la innovación democrática integral hacia la que podríamos dirigirnos quedará en nada sin los recursos para sostener en el tiempo estas iniciativas de formación, experimentación y participación.

Julen Cocho Gonzalo